



# Los sueños se construyen juntos

Día de la Acción Católica  
y del Apostolado Secular 2021

Material para la reflexión



© Editorial EDICE  
Añastro, 1  
28033 Madrid  
Tlf.: 91 343 97 92  
[edice@conferenciaepiscopal.es](mailto:edice@conferenciaepiscopal.es)

# Elementos para la reflexión sobre el discernimiento

Ante un mundo roto, herido, en el que tantas personas son descartadas, y en el que cunde la desesperanza, el papa Francisco en *Fratelli tutti* invita a todos a recuperar la capacidad de soñar un futuro mejor y a la Iglesia a ser servidora de un proyecto de fraternidad para toda la humanidad, a ser testigos de la esperanza. De tal manera que

reconociendo la dignidad de cada persona humana, podamos hacer renacer entre todos un deseo universal de hermandad. (...) Se necesita una comunidad que nos sostenga, que nos ayude y en la que nos ayudemos unos a otros a mirar hacia delante (...). Los sueños se construyen juntos. Soñemos una *única humanidad, como caminantes de la misma carne humana, como hijos de esta misma tierra* que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, todos hermanos (FT, n. 8).

Como ha señalado muchas veces el papa Francisco, «este sistema no se aguanta» y necesitamos poner la dignidad de las personas y el bien común en el centro de nuestras preocupaciones y de la vida, y desde ahí construir las relaciones y estructuras sociales alternativas que necesitamos. La profunda crisis humana en la que estamos inmersos nos lo muestra una vez más. Pretender seguir funcionando como hasta ahora es, sencillamente, «negar la realidad» (FT, n. 7). Necesitamos construir una realidad nueva, es hora de repensar muchas cosas, de construir desde otra lógica, desde el sueño de la fraternidad.

Un sueño que no es, de ninguna manera, una ensoñación o una quimera, es anclarse en la realidad y buscar en ella caminos que hagan posible la fraternidad:

Reconocer a cada ser humano como un hermano o una hermana y buscar una amistad social que integre a todos no son meras utopías. Exigen la decisión y la capacidad para encontrar los caminos eficaces que las hagan realmente posibles. Cualquier empeño en esta línea se convierte en un ejercicio supremo de la caridad. Porque un individuo puede ayudar a una persona necesitada, pero cuando se une a otros para generar procesos sociales de fraternidad y de justicia para todos, entra en el campo de la más amplia caridad, la caridad política. Se trata de avanzar hacia un orden social y político cuya alma sea la caridad social (FT, n. 180).

Esa decisión y esa capacidad de encontrar caminos eficaces para la fraternidad y la amistad social nos piden discernimiento para elegir lo que es justo, lo humano, lo que puede abrir procesos de transformación de nuestra sociedad. Ese discernimiento, en el que contamos con la perspectiva y los criterios de humanidad que nos ofrecen el Evangelio y la Doctrina Social de la Iglesia, nos pide tres cosas fundamentales:

1.<sup>a</sup>. Profundizar en la conciencia de que la tarea de la fraternidad es de todos y, por ello, reclama apertura a los demás, cultura del encuentro y del diálogo para caminar juntos. La apertura a todas personas y grupos que desean construir un mundo más justo, la búsqueda común desde las convicciones de cada uno. El discernimiento nos pide escuchar a los demás, «así se vuelve posible ser sinceros, no disimular lo que creemos, sin dejar de conversar, de buscar puntos de contacto, y sobre todo de trabajar y luchar juntos» (FT, n. 203). El discernimiento nos pide humildad, sentirnos necesitados de lo que nos aportan los demás.

2.<sup>a</sup>. Estar abiertos y atentos a la realidad, mirándola siempre desde la situación de los pobres: «si hay que volver a empezar, siempre será desde los pobres» (FT, n. 235). Así podemos centrar nuestra atención en realidades y causas de nuestro mundo tan significativas como el anhelo de hacer efectivo el destino universal de los bienes ante tantas desigualdades y tanta exclusión; de acoger el anhelo de una vida digna de tantas personas migrantes; de la defensa de la dignidad del trabajo y del trabajo digno, tan esencial para la vida digna de personas, familias y sociedades, ante tanta precariedad y pobreza en el mundo del trabajo; de la igualdad entre hombres y mujeres frente a tantas injusticia de que son víctimas tantas mujeres; del cuidado de las personas y de la fragilidad ante tanto descuido de la vida; del anhelo de una ecología integral ante la profunda crisis ecosocial que padecemos, etc. «Si se acepta el gran principio de los derechos que brotan de solo hecho de poseer la inalienable dignidad humana, es posible aceptar el desafío de soñar y pensar otra humanidad. Es posible anhelar un planeta que asegure tierra, techo y trabajo para todos» (FT, n. 127).

3.<sup>a</sup>. Abrirnos al amor de Dios, sabiéndonos amados por Dios y convocados por ese amor al servicio y la entrega a los demás. Cultivar la capacidad de oír las llamadas del Espíritu en la realidad concreta de nuestro mundo, viviéndolo todo en actitud de oración y de ofrenda a Dios de nuestras vidas en las hermanas y hermanos. Así será posible estar abiertos a la realidad y cultivar el encuentro y el diálogo. Así será posible proponer, en el empeño por construir juntos la fraternidad, el Evangelio de Jesucristo, pues «para nosotros, ese manantial de dignidad humana y de fraternidad está en el Evangelio de Jesucristo» (FT, n. 277).

En definitiva, el discernimiento nos pide amar, mirar la realidad, valorarla y responder en ella con misericordia, como la mira, valora y actúa Dios.

Para buscar juntos y con los demás, el discernimiento nos pide crecer en ser una comunidad eclesial más corresponsable y sinodal, hacer camino juntos desde la diversidad que nos enriquece. Y esto implica, en fidelidad al Evangelio, vivir cada día desde la centralidad de los pobres, como el Señor y vivir la caridad política. Porque «a partir del amor social es posible avanzar hacia una civilización del amor a la que todos podamos sentirnos convocados. La caridad (...) puede construir un mundo nuevo» (FT, n. 183).

El laicado, organizado en los movimientos de Apostolado Secular, y en ellos los movimientos de Acción Católica, general y especializada, estamos llamados a crecer en ser servidores y animadores de ese discernimiento en nuestra Iglesia para colaborar con el que lo necesita en nuestra sociedad, y a hacerlo en la vida cotidiana, abriendo procesos en esa dirección en el día a día de nuestras comunidades eclesiales, pues, como nos recuerda también Francisco,

cada día se nos ofrece una nueva oportunidad, una etapa nueva (...) seamos parte activa (...). Hoy estamos ante la gran oportunidad de manifestar nuestra esencia fraterna (...). Alentemos lo bueno y pongámonos al servicio del bien (FT, n. 77).



